

BAJO EL AGUA

Nuria Viedma

Platero
COOLBOOKS 

Título: Bajo el agua

Primera edición: mayo, 2026

© 2026, del texto Nuria Viedma.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración y diseño de portada por Ángela León

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 2002-2026

ISBN: 979-13-88290-05-3

*A todas las personas que han sufrido la desaparición de alguien
querido en sus vidas y se han sentido olvidados.
A las familias que sufren de cerca la crudeza del alzhéimer.*

Índice

Capítulo I.....	9
Capítulo II	21
Capítulo III.....	35
Capítulo IV.....	47
Capítulo V	63
Capítulo VI.....	73
Capítulo VII	87
Capítulo VIII.....	97
Capítulo IX.....	107
Capítulo X.....	121
Capítulo XI.....	133
Capítulo XII.....	143
Capítulo XIII	153
Capítulo XIV	167
Capítulo XV	177
Capítulo XVI.....	187
Capítulo XVII.....	199
Capítulo XVIII	207
Capítulo XIX.....	211
Capítulo XX.....	217
Capítulo XXI.....	227

Capítulo XXII.....	237
Capítulo XXIII	245
Capítulo XXIV	257
Capítulo XXV.....	269
Capítulo XXVI	279
Capítulo XXVII.....	289
Agradecimientos.....	301

capítulo I

Los tacones de la agente primera Hurtado golpeaban contra el suelo adoquinado junto a las murallas del Caballo Blanco. Vestía una gabardina beige y botas altas de color blanco. La melena larga ondeaba suelta, morena; era una peluca muy lograda. Caminaba con dificultad intentando pisar las piedras más planas para no trastabillar y hacerse un esguince. Se acercó a la muralla para contemplar el paisaje y encendió un cigarrillo. Dio una larga calada e intentó disfrutar por unos instantes de aquel maravilloso paisaje que desde allí podía contemplar. Necesitaba calmar sus nervios de algún modo antes de que todo comenzase.

La noche estaba cayendo cuando Hurtado notó unos pasos tras los suyos, la comunicación de Agúndez le confirmó que el sospechoso estaba tras su espalda. Debía estar escondido en un rincón de la pared esperando a su paso.

—¡Mira qué regalo, morena! —dijo el desgraciado haciendo alarde de su pene como si fuera un triunfo.

La agente primera sacó su arma despacio y, al girarse, le apuntó sujetándola con las dos manos. Intentaba contener el temblor de sus piernas; era la primera vez que operaba de incógnito. Mientras tanto, observaba por el rabillo del ojo que Agúndez y el resto del equipo de apoyo se iban acercando con sigilo para no alertar al sospechoso.

—¡A ver si te gusta más mi regalo, cabrón! ¡Enséñame las manos!

El tipo, que no tendría más de veinte años, hizo amago de echar a correr, pero no dio ni tres pasos cuando Agúndez lo enganchó del brazo, con tan mala suerte que la manga se desgarró y el chaval salió corriendo y el subinspector tras él.

—¡Quieto! ¡Alto, policía! —le gritaba. El chico hizo caso omiso, aunque no tuvo más remedio que frenar en seco cuando Echeverría y Azkona se le plantaron delante y vio que Agúndez seguía detrás.

—Venga, chaval, pónmelo fácil —dijo Azkona—, date la vuelta y pon las manos en la espalda.

El infeliz, viéndose acorralado, se entregó sin más oposición. Agúndez estaba agradecido de no tener que seguir corriendo tras él, por muy en forma que estuviese, una carrera detrás de un chico de esa edad y después de unas birras de más el día anterior..., no hubiera tenido ninguna posibilidad de alcanzarle. Por suerte, no habían dejado nada al azar.

Todo había terminado, la inspectora Alba y Uriarte fueron los últimos en llegar al lugar, seguidos de una patrulla con las luces parpadeando. La lluvia, después de varias semanas, les había dado una tregua y habían podido montar el operativo.

Poco antes de todo aquel montaje, la inspectora Nerea Alba y el subinspector Uriarte, como si fueran dos clientes cualesquiera, tomaban algo sentados en una mesa de la terraza. Habían hablado con el dueño del local, por aquellas fechas la taberna del Caballo Blanco no solía estar abierta, pero la inspectora conocía a uno de los socios que accedió sin muchos reparos a abrir. Además, era jueves y era un buen día para hacer caja con el ajetreo del *juevintxo* (jueves de pote y pintxo). El día en el que nuestro sospechoso acechaba a sus víctimas. Apenas quedaba algo de luz y aún había trasiego de gente en aquella agradable tarde casi primaveral, aunque todavía era final de febrero. Aquel era unos de los rincones más bonitos de Iruña y de obligada visita turística.

Llevaban más seis meses detrás de aquel tipejo y por fin parecía haber llegado el momento de su detención. Tenían todo preparado, varios agentes apostados por los alrededores de la zona en la que solía actuar el susodicho exhibicionista. La agente primera Hurtado, que hacía de cebo, paseaba mirando el reloj como si su cita la hubiese dejado plantada. Azkona y Echeverría hacían el papel de turistas, un poco más retirados y sacándose fotos junto a las murallas. Y el cascarrabias del subinspector Agúndez, que últimamente estaba algo más tranquilo, paseaba a un perro por la parte trasera, para dar la alerta en cuanto lo viera asomarse sin perder de vista a Hurtado.

El sospechoso era solo un muchacho, un chico retraído, nada social. No tenía amigos o, por lo menos, no se le relacionaba con nadie. Una vecina lo había denunciado unos meses atrás por colarse en su casa en la calle Redín un jueves por la tarde-noche. Al parecer, había bebido, encontró el portón mal cerrado y se coló en su jardín. Ella estaba tendiendo la ropa y pensó que iba a mear, como por desgracia hacen muchos, pero se le acercó enseñando su verga empalmada, ella agarró el escobón que tenía a mano y lo espantó a golpes. Al día siguiente, lo denunció en comisaría y dijo que si lo veía sería capaz de reconocerlo. Describió a un chico de metro ochenta delgado con la cabeza tapada con una capucha.

Dos semanas más tarde, otro jueves, una pareja de chicas que andaban de fiesta, camino de casa, observaron a un chico que parecía estar meando, pero que se volteó descarado hacia ellas y las siguió unos metros agitando su pene entre las manos. De este suceso no tuvieron noticias hasta pasados unos días, después de su última víctima: Laura.

Era una chica de 18 años que vivía en la Plaza de San José. No era demasiado tarde, serían poco más de las doce cuando llegaba hasta el portal de su casa, pero, casualidades de la vida, no pasaba un alma en ese momento, ni siquiera la farola más cercana, que se había fundido, la abrazaba al paso. La calle yacía casi en la penumbra.

Desde unos metros más atrás, había comenzado a acelerar el paso porque había notado que alguien la seguía. Abrió el WhatsApp y empezó a mandar mensajes a sus amigos para avisarles de que un tío raro venía tras ella. Estaba sacando las llaves del bolso cuando el tipo apretó a correr, ella vio que estaba demasiado cerca y, con los nervios, se le cayeron las llaves al suelo. Se agachó a cogerlas y, sin poder contener el temblor de sus dedos, consiguió entrar, pero su acosador logró colarse y se abalanzó sobre ella empujándola sobre las escaleras. Sacó su asqueroso pene erguido mientras sonreía y paseaba su mano sobre él arriba y abajo. Ella permanecía paralizada por el miedo, tirada en el suelo. Él se acercaba con andares desgarbados, producto de su embriaguez. De pronto, se escuchó el sonido del ascensor y el muy cobarde guardó su verga erecta para escapar como un ladrón ahuyentado por la policía.

El ascensor se abrió, era un vecino que bajaba a tirar la basura y encontró a la chica allí tirada llorando desconsolada.

—¡Laura! ¿Qué ha pasado?

—Un tío... —intentaba explicar entre sollozos, pero no le salían las palabras.

—Pero, ¿estás bien? ¿Te ha hecho algo?

Como no podía contestar, se limitó a negar con la cabeza. Carlos, que así se llamaba el vecino, llamó enseguida al 112 para que viniesen a atenderla y poner una denuncia. Una vez colgó el teléfono, dejó la bolsa de basura en el portal y subió con ella hasta su casa para explicarle a sus padres lo ocurrido.

En principio, el tipo parecía el típico exhibicionista tarado, sin peligro alguno. Pero quién sabe qué hubiera ocurrido si ese vecino no hubiese aparecido. Tras esta última víctima, las dos anteriores, al enterarse, también denunciaron y, después de haberle hecho un riguroso seguimiento, lo reconocieron en fotos. Pero, por si acaso, se decidió montar el operativo para pillarlo con las manos en la masa. Estaba claro que ese chico no estaba bien, su cabeza no funcionaba correctamente y una persona así puede llegar a ser peligrosa. Alguien que tiene problemas para socializar, que nunca ha estado con mujeres, y que la única forma que ha encontrado de relacionarse con ellas es mediante el alcohol y las drogas y asaltándolas en la oscuridad para mostrarles su miembro viril... A saber cuál podría ser su siguiente paso. No podían permitir que un tipo como ese estuviera en la calle, por su propio bien y por el de los demás.

La madre de Fernando, que así se llamaba el detenido, con la que la inspectora Alba estuvo hablando antes de interrogarlo largo y tendido, decía que su hijo siempre había sido algo tímido, pero que era muy buen chico, que él no había podido hacer esas cosas. Hasta que la inspectora le comentó que no solo eran las declaraciones de los testigos, sino que el operativo era la prueba irrefutable de que no se equivocaban de persona. Le explicó que lo mejor era que su abogado buscara un psiquiatra para que alegasen algún problema de salud mental y de ese modo recibir ayuda en algún centro para enfermedades mentales. Ir a la cárcel no era lo que necesitaba, sino una buena terapia, y parecía que la mujer, poco a poco, iba entrando en razón.

—Fernando, ¿cómo estás? —preguntó la inspectora. Estaba sentada en la sala de interrogatorios frente al tipo, cabizbajo, algo atribulado. Tras

el cristal, el subinspector Uriarte y la agente Hurtado los observaban con atención.

—Me duele un poco la cabeza.

—¿Qué te has metido?

—Nada, va, unas anfetis y unas birras..., ah, y un cubata.

—Unas anfetis... ¿Cuántas?

—Joder, no sé..., ¿dos? —Sus respuestas eran lentas.

—¿Dos? ¿Quieres mirarme cuando te hablo? —El chico era incapaz de sostener la mirada frente a la inspectora más de dos segundos. No estaba muy claro si era porque todavía le duraba el efecto de las drogas o porque la sola presencia de una mujer le ponía muy nervioso y era incapaz de actuar con normalidad.

—Hostia, igual cuatro, no me acuerdo, ¡joder! ¿Y eso qué más da? —Parecía la voz de un pobre yonqui borracho. Su abogado, que estaba sentado junto a él, lo miraba con resignación.

—Mira, Fernando, a mí me da lo mismo, de hecho, luego tendremos los resultados del test y los análisis que te han hecho. Pero tu señor abogado, aquí presente, Ernesto Ripa, te explicará mejor la importancia de qué has tomado y del estado de tu cabeza a la hora de que un juez tome una decisión u otra. ¿Entiendes? A mí ni me va ni me viene. Yo —decía dándose golpecitos en el pecho— solo me encargo de que tipos como tú no anden sueltos por la calle. Y, en todo caso, deberías estar agradecido de que no te hayamos dejado cometer ninguna locura, aún eres joven y quizá estés a tiempo de cambiar tu destino.

La inspectora se levantó de la mesa de interrogatorios, mientras el abogado de oficio la miraba perplejo. No eran solo las palabras, sino aquella forma de expresarse que tenía Nerea, parecía que siempre le iba la vida en ello.

Dejó a Fernando y a su acompañante un rato en la sala explicándole con más detenimiento lo que la inspectora intentaba decirle. Tenía que declararse culpable, para empezar, ya que lo habían pillado con las manos en la masa. Al día siguiente, se enfrentaría a una rueda de reconocimiento en el mismo juzgado. Las cosas estaban bastante claras, no tenía demasiadas opciones.

—Hurtado, enhorabuena —felicitaba la inspectora a su compañera a la vez que le estrechaba la mano—, has estado impecable.

—Gracias, jefa, aunque no se crea, casi se me sale el corazón por la boca.

—Bueno, es normal —intentaba calmarla—, sin esa adrenalina no seríamos nada. Si me vieras a mí en mi primera operación...

—Cuenta, cuenta... —decía Uriarte—, tengo curiosidad.

—Pues, lo siento mucho, pero eso será otro día. Si habéis terminado todos vuestros informes, es hora de retirarse, y esto es una orden —recalcó cambiando el tono de sus palabras.

Nerea se metió en su despacho para terminar el informe y recoger su mesa. Tenía un mensaje de Asier, le decía que llegaría tarde, se le había complicado una autopsia que había entrado a última hora. Esa semana andaban bajo mínimos, una compañera estaba de vacaciones y otro enfermo, así que le estaba tocando meter horas sin descanso.

A los diez minutos, el subinspector asomaba por su despacho con cara de cordero degollado, rogando un poquito de atención.

—¿Una cervecita?

—Niko, son las 10.

—Por eso he dicho una.

—¿Qué pasa, que Isabel tiene plan?

—¿Qué avispada eres, no? Cómo se nota que eres inspectora... Tiene cena con las amigas, no llegará antes de las 12.

—Venga, vale, apago esto y vamos. ¿Ya se han ido todos?

—Sí, el último ha sido Agúndez, parecía que estaba escribiendo la Biblia, ¡madre mía!

—La verdad es que se está esforzando mucho. Yo creo que quiere tener buena nota para cuando llegue la nueva comisaria.

—¿Vamos?

—Vamos, sí, a Mutilva o...

—Venga, sí, vamos a tu pueblo, aunque desde que se fueron los argentinos... El Cafeto ya no es lo que era.

Fueron cada uno en su coche y, después de unas cuantas vueltas, consiguieron aparcar.

Se sentaron en la terraza del único bar que encontraron abierto en

la plaza. Uriarte se encargó de sacar un par de botellines de tercio, acompañados de un par de pintxos con berenjena y queso de cabra sobre una rodaja de pan.

—¿Y se sabe ya cuándo viene la comisaria? —preguntó el subinspector.

—Ni idea, secreto de sumario. Ni siquiera yo lo sé. ¿Te lo puedes creer? No sé, ¿qué pretende?, ¿pillarnos con las manos en la masa?

—Hombre, la verdad, no me extraña, después de lo que pasó con el comisario Ezpeleta...

—A ver, Niko, desde que estoy al mando creo que he demostrado, mejor dicho, hemos demostrado, que los equipos funcionan muy bien, lo que quiere decir que están bien dirigidos, los casos se están resolviendo...

—Quizá es por eso. A lo mejor quiere ponerte a prueba. Llevas tiempo dirigiendo esto y te va a costar recibir órdenes de otra persona, o ¿me equivoco?

—Te equivocas de lleno, Niko, voy a estar feliz. En la calle, solo a lo mío, persiguiendo a los malos. No todo el día que si hablando con el comisario central, que si con el fiscal jefe, que si con... La burocracia ya me cansa, sabes que no me gusta.

—Oye, esto está cojonudo —dijo tras darle un bocado a su pintxo—. Si ya sé que eres como un sabueso, lo tuyo es olfatear hasta encontrar dónde está enterrado el hueso.

A Nerea se le escapó una carcajada con la boca cerrada mientras masticaba a dos carrillos lo que sería su cena.

Tras despedirse de su compañero, la inspectora entraba en casa y, como siempre, su querido Ronie la recibía como si hiciera una eternidad que no se hubieran visto. Ronroneaba junto a ella y hacía caballitos saltando junto a sus piernas. Entró en la cocina seguida del musical paso del animalillo y le sirvió su comida mientras sonaba la alarma de su teléfono. Era la hora de la videollamada por Skype que tenía programada con Alicia, fue corriendo a la sala y abrió su portátil.

Alicia llevaba tres meses en Ruanda, concretamente en Nyarurema. Estaba trabajando como voluntaria en un proyecto con unas monjas ayudando a madres jóvenes a salir adelante. Su colaboración con el proyecto había surgido desde el grupo solidario del Valle de Aranguren, con el que había contactado por medio de Jesús M.^a, el párroco de Mutilva.

Enseñaban a estas mujeres a criar a sus hijos, tenían un taller de costura donde les enseñaban a coser para que tuvieran un oficio con el que ganarse la vida, y Alicia les enseñaba algo más físico. Digamos que tenía mucho que ver con su historia, con lo que les había hecho llegar hasta donde estaban, les enseñaba a defenderse en la vida, a plantar cara a su enemigo. Cuando Alicia salió del centro de salud mental donde cumplió condena, estuvo aprendiendo defensa personal con uno de los entrenadores que enseñaba a policías, y entre Nerea y su psiquiatra decidieron que ayudar a otras personas sería una buena terapia para ella. La mayoría de esas madres a las que ayudaban eran víctimas de violaciones. Así les enseñaban a defenderse en la lucha cuerpo a cuerpo. Está demostrado que, cuando las víctimas adquieren capacidades para defenderse ante un adversario y se sienten fuertes y capaces, pierden el miedo, y, de este modo, también levantan su autoestima. Por momentos, esas situaciones para Alicia podían tener su riesgo, en el tercer mundo se iba a enfrentar a muchas situaciones de abuso a las que aquí no estamos acostumbrados, y quizá eso podría alterarla, pero había que intentarlo. Y de momento la cosa parecía ir bien. Tampoco salía mucho de su lugar de trabajo, y allí estaba bastante protegida. En general, podría decirse que la zona era bastante segura, aunque nunca se sabe...

—*Kaixo!* —dijo la inspectora—. ¡Hostia, qué morena!

—¡Hola!

—¿Te estás dando crema de sol?

—¡Que sí! No seas plasta.

—Es que estás supermorena, y tú eres muy blanca.

—¡Que estoy en África! Aquí hace un sol de cojones, esto no es Iruña, coño, hasta una trucha se pone morena, que no hay sombras. Bueno, sí, pero el sol llega igual, no sé cómo explicarlo. Y te juro que me unto como si no hubiera un mañana. Por eso estoy así, si no la piel se me caería a tiras.

—Bueno, cuéntame, ¿cómo estás?

—Muy bien. La verdad es que este sitio es genial. Estoy muy tranquila. La gente es especial, muy agradecida, me tratan superbién. Me siento querida, respetada, es... increíble. Los capullos deben de estar en las aldeas de al lado, porque, de momento, por aquí no he visto ninguno. Aquí todo el mundo es muy respetuoso y trabajador, la gente colabora en los trabajos

de la comunidad y nadie está por encima de nadie. Me da un poco de miedo, porque parece una especie de quimera que en cualquier momento pueda romperse. Como si no fuera real, ¿me entiendes? Aunque bueno, algún conflicto ha habido, pero se ha tratado en común, se han expuesto todas las opiniones y, al final, se ha llegado a un acuerdo. Si seguimos por ese camino, creo que vamos bien.

»Las chicas aprenden rápido mis métodos de defensa, cada día son más fuertes. Hasta se atreven ya a ir solas a comprar al mercado, me refiero..., a sin la compañía de un hombre. También les enseñé el manejo de armas, aunque saben que no son buenas aliadas y solo deben utilizarse en caso de emergencia. Han aprendido que solo traen desgracia.

—Vaya, así que estás hecha toda una maestra, mi pequeño saltamontes.

—¿Qué graciosa! ¿Y tú qué?, ¿cómo van las cosas por ahí, con Asier y en comisaría?

—Con Asier muy bien, casi ni nos vemos, está a tope de curro, y en jefatura esperando la inminente llegada de la nueva comisaria. Y echándote un poquito de menos, sobre todo, sabes ¿qué?

—No.

—Comer pipas en Labiano junto a la ermita, mirando al monte.

—¿Qué boba eres!

—Ya. Y bueno, bastante tranquila por lo demás. Ahí voy con mis meditaciones, me estoy haciendo toda una experta.

—Ahora que sacas el tema, ya sabes que también medito, me lo aconsejó la psiquiatra. Quería comentarte una cosa, no sé bien cómo..., a ver, desde que...

—¿Quieres arrancar?

—¡Joder! Que desde salimos de aquel bosque, que yo... yo no volví, nunca hemos hablado de esto, que morí. Nunca te lo he dicho, pero me acuerdo de todo. A ver, luego volví o resucité, o lo que sea. Coño, que estuve un rato en parada cardíaca o muerte clínica, que suena menos raro, ¿no? Pues, desde entonces, cuando medito es muy profundo, no llego a ir a otro lugar, pero creo que es porque no quiero.

—Vaya, yo pensaba que no recordabas nada. Pues tengo que decirte que, aunque yo no estuve en parada cardíaca, también tengo esa sensación cuando medito. A lo mejor es porque estuvimos en otra parte, ya sabes, en

ese otro lugar, en el bosque, y eso quizá nos ha despertado una parte del cerebro que teníamos dormida. Pero no creo que sea malo ni peligroso, solo hay saber sacarle partido. A lo mejor de esta forma conseguimos por fin arreglar estas cabecitas locas.

—No creo que lo mío tenga arreglo. Por momentos pienso que quizá una puerta quedó abierta. —Se hizo un silencio—. Pero cambiando de tema, he conocido a un chico de mi edad, bueno, igual un poco mayor, ya sabes que a los negros es difícil echarles años. Se llama Jerome, trabaja de mantenimiento para el centro. Es... no sé qué tiene, no es muy guapo, pero cuando me mira con esos ojos tan oscuros...

—A ver si te vas a enamorar...

—Pues no te digo que no. Lo que tenga que ser, será.

—Anda, te voy a dejar. Pero me quedo contenta, te veo bien y eso me alegra mucho. Hablamos la semana que viene, ¿vale? Y no te metas en líos.

—Sí, tranquila. Y no vayas a la ermita a comer pipas sin mí.

—Lo intentaré, cuídate mucho, agur.

—¡Agur!

La escapada de Ronie hacia la entrada delató la llegada de Asier a casa. Tras el ritual de recibimiento del minino, el forense se acercó hasta el salón y saludó a Nerea con un cálido beso. La respuesta de la inspectora fue tan efusiva que su chico apenas tuvo tiempo de quitarse la cazadora mientras ella lo arrastraba al sofá. Tumbados, él sobre ella, desabrochaba uno a uno los botones de su camisa mientras ella le soltaba los pantalones. Una vez le sacó la camisa, besó sus labios bajando por el cuello, suavemente, recorriendo todo su escote. Retiraba con suavidad los tirantes del sujetador hasta deshacerse de él para dejar al descubierto sus hermosos senos. Jugueteaba con sus pezones, suaves gemidos brotaban de los labios de ella. Sus manos enredadas entre los pantalones acariciaban el pene, que se mostraba con cada roce más agradecido y firme, dispuesto a entrar en batalla. Ella misma se quitó los pantalones con rapidez y se introdujo en él, y como si fueran un solo cuerpo profirieron un gemido al unísono, fruto de ese primer roce al unirse. Piel contra piel, las gotas de sudor resbalando desnudas al completo, los jadeos desbocados... Subida encima le sujetaba los brazos y no dejaba de moverse rozando en ocasiones sus pechos contra el tórax de Asier. Luego se echaba hacia atrás, poderosa, erguida como una

diosa, moviendo sus caderas adelante y hacia atrás. Ese balanceo de amor, que les hacía romperse por dentro de placer hasta el éxtasis, esos minutos de locura inocua como bestias salvajes. Era como una terapia, una forma de olvidarse de los momentos tan duros a los que ambos se enfrentaban en su trabajo. Y después de la tormenta..., unos minutos de sosiego para recuperar el aliento.

Nerea yacía recostada sobre el pecho de Asier, mientras le profería pequeños e inocentes besos. Su estómago comenzaba a mandarle señales que no iba a poder ignorar por mucho tiempo, así que con suavidad comenzó a moverse. Se pasó por el baño para darse una ducha rápida, se puso el pijama y fue hasta la cocina a preparar algo de cena, mientras su chico le relevaba en la ducha. El pintxo que había comido no fue suficiente, el sexo despertó de nuevo su apetito. Preparó unas patatas bravas, de esas congeladas que ya vienen cocidas y solo hay que freír y añadir la salsa. Un par de botellines de cerveza para acompañarlas y listo.

La pareja se acomodó a degustar la cena en el sofá frente al televisor, mientras comentaban algún que otro detalle sin trascendencia de la rutina del día.

—Sabes una cosa —le decía Asier tras tragar una patata y besarle la frente—, adoro estos momentos de calma, en los que no pasa nada. En realidad, creo que los valoramos poco, porque..., si lo piensas bien... —La miraba sonriendo—. Para nosotros son muy valiosos.

—Tienes razón, son las pequeñas cosas. Esta tranquilidad, que para cualquiera sería rutina, para nosotros es mucho más.

—¿Has hablado con Alicia?

—Sí, está muy bien, me ha dejado muy contenta, la verdad.

—Me alegro mucho por ella.

—Ya te contaré otro día.

capítulo II

Al día siguiente, en jefatura todo el mundo andaba inmerso en su trabajo cuando Nerea llegó a su despacho. A los pocos minutos, Uriarte tocaba la puerta ofreciéndole un café.

—Tu cafecito, y tienes una visita en recepción esperándote.

—¿Quién es?

—La señora de la calle Redín, no me acuerdo su nombre, la que se lio a escobazos con Fernando, el exhibicionista.

—¿Y qué quiere?

—No tengo ni idea, ha dicho que quiere hablar contigo, nada más.

—Pues bájate a buscarla, si no te importa.

—A sus órdenes, mi generala.

—Menos cachondeo, Niko, no pensarás que baje yo.

—No, no, por supuesto. Que es broma, hombre, ya voy.

—Tú estás un poco hoy... no sé.

—¿Yo? No, qué va.

El subinspector Uriarte, siguiendo las instrucciones de la inspectora Alba, recogió en recepción a la señora en cuestión para acompañarla hasta su despacho.

—Buenos días, inspectora Nerea Alba —dijo estrechándole la mano—, su nombre era...

—Dolores Almagro, inspectora.

—Eso es, Dolores, ¿en qué podemos ayudarla?

—Verá, inspectora, es mi sobrino, va a hacer un año que no sabemos nada de él.

—¿Cómo un año? Pero lo habrán denunciado antes o...

—Sí, claro, lo que pasó es que salió un viernes a las cinco de la tarde de su casa y nunca se supo nada más de él.

—Pero supongo que en su momento hubo una investigación.

—Sí, pero dijeron que si tenía una novia que era de Alicante, las cámaras lo situaron en la estación de tren..., como no había pistas ni se encontró ningún cuerpo...

—Pero usted cree que está muerto.

—La familia siempre lo ha creído así. Un chico de 22 años, que aún no se había independizado, jamás había dado problemas. Y de la noche a la mañana, se va de casa sin mandar siquiera un mensaje, estos críos que están todo el día colgados del móvil. Algo debió de pasarle. La cosa es que él había ahorrado un dinero y pensaba comprarse una moto. Esa misma tarde había quedado con un chico para ver una de segunda mano que le había gustado. No era la primera que había visto, solo que las otras veces le acompañaba su amigo Jesús, pero esa tarde no podía. Así que fue solo. Parecía estar bastante convencido de la compra, porque llevaba encima la mitad del dinero que pedían.

—Entonces —preguntó Uriarte—, eso de la novia de Alicante y que había cogido un tren, ¿en su casa estaban al corriente?

—Qué va. Bueno, su hermana mencionó que tenía una amiga en Alicante, una chica con la que se había enrollado unos Sanfermines, pero de ahí a que fuera su novia...

—¿Cómo se llamaba su sobrino? —continuó la inspectora—. Y si lo sabe también, dígame quién llevó la investigación.

—Óscar, Óscar Elizalde. El caso lo llevó la Policía Nacional, pero apenas hubo investigación, se cerró porque, según ellos, no había indicios de que le hubiese ocurrido algo.

—Bueno, vamos a ver si puedo ver el informe del caso y si podemos hacer algo. La verdad es que nada tiene sentido. Hay muchos agujeros, me extraña que, llevando dinero, no investigaran esa línea, pero, en fin, primero tengo que ver por qué la policía lo cerró, es algo extraño.

—Es que tenemos nuevas pistas, por eso he venido. Es difícil de explicar, no es algo que se pueda ver, es más bien un acto de fe. Es una persona que sabe dónde está su cuerpo.

—A ver, vamos por partes, Dolores. Es verdad que la desaparición de

su sobrino es algo extraña, pero si ha venido hasta aquí porque alguien le ha dicho que sabe dónde está su cuerpo... ¿Cuánto dinero le ha pedido a cambio de decírselo?

—A mí, nada, bueno, ni a mi hermana, que es la interesada.

—Vamos a hacer una cosa. En primer lugar, y por deferencia a usted, ya que se ha tomado la molestia de venir, voy a ver si logro conseguir el informe del caso. Una vez tenga todos los datos y los estudie junto con mi compañero, si creemos que realmente hay evidencia de delito, la llamaremos y decidiremos qué pasos tomaremos. Apunte aquí su número de teléfono, por favor.

—Gracias, inspectora.

—La acompaño —le dijo el subinspector mientras abría la puerta del despacho de Nerea.

La mujer parecía bastante satisfecha con el resultado de la reunión mantenida con ambos policías. Uriarte la acompañó hasta la recepción, donde se despidió de ella y volvió a subir las escaleras hasta llegar a su planta. Nerea estaba esperándole en su mesa, no tenía intención de perder ni un minuto.

—Saca tu móvil y llama a ese colega tuyo, cómo se llamaba, inspector...

—Martínez.

—Ese, llámale, por favor, y dile que te envíe el informe de ese caso, a ver qué demonios pasó con ese chico.

Uriarte, siempre obediente, buscó el número de su colega. Habían coincidido en uno de estos congresos o cursos de formación especiales para policías, que de vez en cuando les toca hacer para ponerse al día. Habían hecho muy buenas migas y, aunque no se veían mucho, mantenían una buena relación.

—A ver qué puede hacer.

—Joder, que no te estoy pidiendo que lo robe, es para que lo agilice. Si es necesario, que hable su jefe conmigo, que le diga que tenemos indicios para reabrir el caso, pero que, por si acaso, queremos ver su informe. Dile que la familia nos está presionando, ¡yo qué sé!, ¡inventate algo!

—Vale, lo llamo.

El teléfono del despacho de Nerea comenzó a sonar. Ella levantó la vista desde la mesa del subinspector hacia la suya, como si supiera que

aquella llamada era de vital relevancia. Casi de un salto abrió su despacho y descolgó el teléfono sin vacilar. Cuando volvió a colgar levantó la vista mientras miraba de reojo a Uriarte, que a su vez hablaba con su colega, y al ver el semblante de su compañera según salía de su despacho le puso en espera para saber qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa?

—Está abajo.

—¿Quién?

—La comisaria.

—Joder.

Uriarte terminó de explicarle rápidamente la situación a Martínez para acompañar a Nerea a recibir a la nueva comisaria. Para cuando bajaron a recepción, ella ya no estaba. Aída les informó de que había subido a su despacho y que los esperaba allí. Volvieron a subir las escaleras con paso firme, pero sin demasiada prisa, ninguno pronunció ni una palabra por el camino.

Cuando llegaron al despacho, la comisaria Raquel Villanueva estaba de espaldas a la puerta, colgando su diploma enmarcado del grado de comisaria en la pared. Ya había colocado un par de plantas y una foto de su familia sobre la mesa. Medía un metro setenta, con el cabello moreno y muy grueso, no lo tenía liso del todo. Tenía los cincuenta a punto de cumplir y unos grandes ojos castaños de mirada profunda. Sus labios eran gruesos, debido al ácido hialurónico que se había inyectado, y sus manos eran grandes, no de muñeca, precisamente. Tenía un aspecto cordial y a la vez imponente, a primera vista, podría decirse que sería.

La inspectora dio un par de toques en la puerta antes de pasar y, tras obtener su permiso, ambos entraron en el despacho.

—Bienvenida, comisaria, inspectora Nerea Alba, para servirla —dijo estrechando su mano.

—Un placer conocerla por fin, inspectora, soy la comisaria Raquel Villanueva.

—Subinspector Nicolás Uriarte, comisaria, un placer y bienvenida.

—Igualmente, subinspector, y gracias. Bueno, pues ahora que ya más o menos me he instalado, qué le parece, inspectora, si me acompaña y me presenta a todos los grupos operativos.

—Claro, por supuesto, aunque algunos puede que estén fuera.

—Sí, bueno, no se preocupe, los que estén, ya iré conociendo al resto poco a poco. Y ya mañana, si le parece, organizamos a primera hora una presentación formal para todo el personal en la sala de reuniones. Habrá que hablar con el encargado de prensa y comunicaciones también para informar del nuevo cargo.

—Por supuesto, jefa, yo me encargo, no se preocupe. Le importa que le llame jefa, o prefiere comisaria.

—Comisaria está bien, gracias.

Nerea había lanzado a posta aquella palabra, quería medir el grado de jerarquía que quería ejercer. Norma número uno: conocer al personal. Lo mejor era ir tanteando el terreno por el que debía desenvolverse cuanto antes.

Después de dar un *tour* por toda la jefatura, la inspectora y Uriarte volvieron al trabajo a la espera de ver si había noticias de su colega Martínez.

—Has tenido suerte —le decía este por teléfono—, casualidades de la vida que el agente que llevó el caso es muy amigo mío, y también me debe algún favor, si no, ni de coña lo tienes hoy. Creo que aquel asunto se llevó mal, pero no sé por qué no se volvió a abrir, la verdad, aunque me puedo imaginar la razón principal: exceso de trabajo y falta de personal, como siempre.

—Muchas gracias, tío.

—De gracias nada, que me debes una cena. Y en menos de un mes, ¿eh?, que te conozco.

—Venga, pon fecha y lugar y está hecho, hablamos.

—Adiós, y saluda a tu jefa.

Uriarte, según colgaba, le dio al ratón para descargar el PDF con el informe del caso que le acaba de mandar Martínez.

—Bueno, cuéntame qué dice el dichoso informe —preguntó Nerea mirando ansiosa la pantalla.

—Para empezar, es bastante escueto, la verdad. Casi todas las pruebas se basan en esta cinta de vídeo de la estación, míralo, voy a ponerlo. La calidad es malísima. En el informe pone que el chico vestía sudadera blanca con capucha y vaqueros y se le ve cogiendo el tren con destino Alicante.

Ahí está, puede ser mi primo, tu vecino el del quinto, o el chaval que trapichea con hachís dos manzanas más abajo de mi casa.

—¡Hombre, no me jodas! ¿Eso es todo lo que tenían?

—Espera, aquí dice también que la triangulación de su móvil lo situaba en la zona a esa hora, y diez horas más tarde en Alicante, en la estación de tren. Después, se apagó.

—O se quedó sin batería, o tiraron su tarjeta. ¿Y sus cuentas?

—Sacó lo que le quedaba en la cuenta antes de coger el tren.

—O sea, que todo apunta, si estamos en lo cierto, a que alguien con su mismo aspecto se subió a un tren rumbo a Alicante y dejó allí su móvil, él no tuvo por qué llegar hasta allí. A lo mejor, ni siquiera lo conocía. Supongamos que, sin más, pagaron a un tipo para subiera, dejase el móvil y se bajara en la siguiente estación. Estaría bien revisar esas grabaciones si existieran, cosa que dudo, después de tanto tiempo. Empiezo a pensar que su tía tiene razón, esto huele mal. Pero ¿cómo pudieron dejar así la investigación?, pobres padres. No entiendo cómo no han dado más la turra. Aunque creo que ese chico...

—No me lo digas, murió ese mismo día.

—Tiene toda la pinta. Parece una de esas estafas en las que te venden la moto, nunca mejor dicho en este caso, y no es más que un robo. A lo mejor no pensaban matarlo y se les fue de las manos.

—Estoy viendo las fechas, fíjate, ya sé por qué dejaron así la investigación. ¿Te acuerdas del atentado fallido que desarticularon en el centro comercial?

—Claro.

—Pues fue en esas fechas, estábamos en nivel 4-5 de alerta antiterrorista, así que la mayoría del personal estaba en ello, y los casos que no eran prioritarios..., ya sabes. De todas formas, cuando pasan cosas de estas, la mitad de las veces no mandan refuerzo de personal, qué quieres, se apañan como pueden.

—No, si tienes razón, espero que fuera por eso, porque si no..., ¡vaya cagada! Luego se queja la gente de que no les hacen caso, que la policía no actúa, si no hay recursos cómo vamos a atender mejor a la gente. Míranos, aquí seguimos en esta jefatura, que parece mentira, a ver cuándo nos hacen ya la nueva y tenemos unas instalaciones en condiciones. En fin, como

siempre, los políticos gastan el dinero en lo que les interesa, pero robar, bien que roban, que cuando no sale uno, cae otro. Y luego está la burocracia, que desde que se aprueba un proyecto hasta que se lleva a cabo..., ¡es que me pongo mala! Y nosotros aquí, jugándonos la vida por un sueldo de mierda, ¡hijos de puta!

—Así es, si da igual del partido que sea, parece que cuando llegan arriba siempre termina el cesto lleno de manzanas podridas.

—Ya te digo. Bueno, a lo que estamos, ya me he desahogado suficiente por hoy. Llama a Dolores y dile que queremos hablar con ella, que te dé su dirección, no tenemos nada más urgente de momento. Y prefiero salir de jefatura ahora mismo, si es posible.

—Parece cañera la nueva comisaria, ¿eh? —comentó Uriarte guiñándole un ojo.

La inspectora salió del despacho, Agúndez acababa de colgar el teléfono, solo él y Hurtado estaban en la oficina.

—¿En qué andas, Agúndez?

—Pensaba pasarme por la gasolinera de Talluntxe para interrogar a los trabajadores y ver los vídeos de las cámaras, por lo del robo de ayer.

—Vale, Hurtado, acompáñale, por favor.

—De acuerdo, jefa —contestó sonriendo.

A Agúndez, a pesar de que sentía cierta atracción por ella, no le hacía ninguna gracia que le acompañara. No le gustaba en absoluto ser la niñera de nadie, pero las órdenes había que cumplirlas y sin rechistar, más ahora que había llegado la comisaria Villanueva. Sin embargo, la agente primera Hurtado estaba encantada de acompañar a alguien con experiencia de quien poder aprender. Hurtado era colombiana, de estatura alta para la media de su familia; gracias a ello y a su esfuerzo entró en el cuerpo. Y seguía esforzándose para llegar a lo más alto.

Admiraba a la inspectora Alba, la veía tan inteligente y segura de sí misma; quería ser como ella y, algún día, tener un puesto en el que mandar por encima de muchos hombres. Ella, que venía de un país en el que la lucha por los derechos de las mujeres era una realidad desde hacía muchos años, pero en la que todavía había muchas brechas que subsanar.

Los dos policías abandonaron la oficina justo cuando Uriarte salía a comunicarle a la inspectora que Dolores les esperaba en su domicilio. Y

que quería presentarles a alguien, a la persona que les había dicho que sabía dónde estaba el cuerpo de su sobrino. Ambos se sorprendieron con la noticia, pero, a la vez, la idea era ponerles en contacto con ella para saber si se trataba de una estafadora o ver qué pretensiones tenía aquella mujer, así que, de algún modo, les había ahorrado tiempo.

Salieron de jefatura y la inspectora se puso al volante, al arrancar se encendió la radio y la canción que sonaba hizo que su mañana se tornara un poquito más luminosa, *Since You've Been Gone* de Rainbow tuvo la culpa, era lo que sonaba en esos momentos en Rock FM.

—La verdad es que no entiendo muy bien esta canción —dijo Nerea.

—¿También te has parado a analizarla?

—A ver, es que empiezas a escuchar la canción y, a mí por lo menos, la melodía me da un subidón... Y resulta que escuchas bien la letra y es una canción de desamor. No entiendo nada.

—Es que no tienes nada que entender, mira cómo se llaman: arcoiris. Estos eran un grupo de *hippies* que, como poco, irían de marihuana hasta las cejas, que era lo que se hacía en la época, cuando componían sus canciones.

Las explicaciones del subinspector la dejaron bastante satisfecha. En poco más de diez minutos estaban de nuevo en el casco antiguo de la ciudad. Hasta la puerta de casa de Dolores, en la calle Redín, podría decirse que entraron. Aparcaron y pasaron justo por uno de los lugares que ofrece, si no la más bonita, una de las más bonitas fotografías de Pamplona. La del pasadizo que comunica el Convento de las Siervas, situado en el lado izquierdo de la calle, con las casas del lado derecho, y que utilizaban las monjas para cruzar de un lado a otro sin romper su clausura.

Uriarte tocó el timbre nada más bajar del vehículo y enseguida Dolores les abrió la puerta de aquel caserón de piedra tan imponente. Atravesaron aquella pintoresca fachada con escudo de armas incluido, cruzando el jardín con su ilustre pozo, hasta llegar a la puerta de entrada de la casa. La anfitriona los acompañó hasta el salón donde les esperaba la misteriosa invitada.

—Paola, ella es la inspectora Nerea Alba y él es...

—Subinspector Uriarte —continuó, viendo que no recordaba su nombre.

—Un placer conocerlos —contestó la mujer.

—Y, ¿de dónde es usted, Paola? —preguntó la inspectora.

—Me considero pamplonica, vivo aquí desde que tenía diez años, pero está claro que mi acento me delata, soy de Trieste, Italia. —La mujer fue directa al grano—. Mi madre, Matilde, es hermana de mi tía Anita, vidente conocida por el caso Andrea Albertini. —Italia, 1981—. No sé si le suena, desapareció cuando se fue de vacaciones. Su padre estaba desesperado y contactó con mi tía, que le dijo exactamente dónde estaba su cuerpo. Y creo que yo he heredado ese mismo don. Los muertos se comunican conmigo a través de la escritura. Ni siquiera sé cómo explicarlo ni cómo sucede, pero es así.

—Perdonad que os interrumpa —dijo Dolores—, como creo que esto va para largo, me he permitido el lujo de preparar un aperitivo a base de café y unas pastas, que espero no despreciéis.

Uriarte miró a Nerea, que hizo amago de consentimiento, aunque el protocolo correcto no consiente estas prácticas, y siguieron con el asunto, que era lo importante.

—Yo no quiero desacreditarla, Paola, pero entienda que cada día nos enfrentamos a infinidad de estafadores y tenemos que asegurarnos de que usted no es una más.

—Tranquila, inspectora, sé cuál es su trabajo, y entiendo las preguntas y la desconfianza.

En ese momento, Dolores regresaba de la cocina, llevaba una bandeja entre las manos con un juego de café que parecía valioso por su diseño del siglo pasado, y un plato lleno de las deliciosas pastas típicas de la ciudad. Demostró tener un gran pulso la señora, ya que no derramó ni una sola gota de café antes de soltar la bandeja sobre la mesa del salón. Le acercó a cada uno una taza con un poco de café y les dejó que se sirvieran más o añadieran leche si era de su gusto. Cada uno de los presentes se sirvió en su taza y continuaron con la charla.

—Recuerdo el caso —continuó Nerea—, les costó bastante encontrar el cuerpo, aquello debía de ser un lodazal, por lo que leí. Me resultó bastante sorprendente la fe de ese hombre en su tía Anita, a pesar de que al principio el cuerpo no aparecía. Y siendo además un hombre creyente como era. ¿A qué cree que se debía esa fe ciega en ella?

—Bueno, creo que ella le ofreció pruebas suficientes para que creyese en su palabra.

—¿Y podría ofrecernos a nosotros también ese tipo de pruebas? Porque, como comprenderá, no va a marcar una x en un mapa y voy a montar un operativo porque usted tenga una intuición.

—No es una intuición, me comunico con él. Aquí tengo todas mis notas. No obstante, puedo intentar comunicarme con él de nuevo y pedirle que nos dé una prueba.

—¿Qué tipo de prueba podría ofrecernos alguien que está muerto?

—Él me dirá cosas que yo no debería saber.

A Uriarte casi se le atraganta la pasta con mermelada que se estaba comiendo. No le gustaba nada el cauce que estaba tomando el asunto. Otra vez con estos temas, ¿es que no podían dedicarse a investigar a gente corriente? Pandilleros, traficantes de poca monta, esas cosas. No, a ellos les tenían que tocar los casos raritos. Bueno, empezaba a pensar que era Nerea quien los atraía, desde que era su jefa pasaban estas cosas, antes era todo de lo más normal.

—¿Empezamos? —preguntó Paola.

—Cuando quiera —contestó la inspectora.

—Dolores, por favor, baja un poco las persianas, necesitamos algo menos de luz.

—Claro, Paola, ahora mismo.

Una vez estuvieron las persianas bajadas, dejando entrar algo de luz para no estar del todo a oscuras, la vidente se colocó junto a una mesa escritorio y todos la siguieron en procesión. Al igual que su tía, Paola era diestra, pero cuando entraba en trance escribía con la izquierda. Respiró profundamente y cerró los ojos; todos permanecían en silencio, durante unos minutos solo se escuchaba su respiración. De pronto, el bolígrafo que apenas sujetaba con la izquierda, parecía tener vida propia, como si su mano solo fuese el vehículo que era utilizado para transcribir un mensaje. Ni siquiera era consciente de lo que escribía. Durante cinco largos minutos estuvo escribiendo. Detalló dónde había sucedido su muerte, cómo y dónde estaba su cuerpo, entre otras cosas.

Tía Dolores, dile a mi madre que no sufra, estoy bien. Todo ocurrió la tarde en la que había quedado con aquel tío por Wallapop para ver una moto que se vendía. Quedamos junto al Arga, frente al Museo de Educación Ambiental. Allí estaba él, sentado en un banco esperando cuando llegué. El cabrón solo quería mi pasta, pero yo no lo sabía, fui un idiota... Nunca debí llevar dinero, y menos yendo solo, pero siempre piensas que esas cosas le pasan a otros, hasta que te pasan. Había cuatro tíos un poco más mayores que yo, aparte de él y una moto, pero era un reclamo. Me sacó una navaja y me dijo que le diera la pasta, y yo, como un gilipollas, no quise hacerlo. Me había costado mucho ahorrar ese dinero, forcejeamos, me empujó, caí hacia atrás y me golpeé la cabeza contra el bordillo de la acera. Pensaron que estaba muerto, pero no se asustaron y salieron corriendo. No sé bien a quién se le ocurrió aquella horrible idea. Estuve inconsciente no sé ni cuánto tiempo..., habíamos quedado a las seis y media de la tarde, que ya era de noche, pero cuando desperté, estaba sumergido bajo el agua, atado de pies y manos, y, bajo mis pies, una piedra enorme me arrastraba hacia el fondo. Apenas podía respirar, ya casi no tenía oxígeno, comprendí que ya era tarde..., solo veía el rostro de mi madre, de mi padre, de mi hermana... En unos segundos toda mi vida pasó frente a mí: mi niñez, el colegio, mis amigos. Vi tantas imágenes en tan poco tiempo... Era como si el tiempo en esos momentos avanzase de forma distinta, hasta que una luz brillante se abrió ante mí, pero no pude entrar en ella, no podía dejar a mi familia con esta pena: tenían que saber lo que había sucedido.

Para que la inspectora no dude de mis palabras, me gustaría que supiera que acaban de unirse a mí Salvador y Mercedes. Pero aún no los busque, es muy reciente. Y otra cosa, Felicia le manda saludos.

Cuando Paola terminó de escribir, soltó el bolígrafo de golpe y se quedó unos segundos callada, respirando, volviendo poco a poco a su estado normal. Abrió los ojos y comenzó a leer el mensaje a sus curiosos oyentes.

Al terminar, un escalofrío recorría el cuerpo de Uriarte, que miró a la inspectora con cara de angustia.

—Estaba comprobando en el Google Earth, lo que pensaba: justo ahí